

González versus Cebrián: diálogo generacional

Josep M. Jordán Galduf

Confieso que tenía una cierta prevención antes de leer este libro. Pensaba que sus autores, como destacados protagonistas que han sido de la reciente historia española (el uno en el ámbito de la política, presidiendo el Gobierno de 1982 a 1996; el otro en el ámbito de los medios de comunicación, dirigiendo *El País* desde su fundación en 1976 hasta 1988 y siendo después su consejero delegado), podían adoptar una actitud en exceso autojustificativa. Sin embargo, apenas iniciada la lectura modifiqué mi punto de vista: nos hallamos ante un trabajo fresco y reflexivo, donde los autores, a través del diálogo, llevan a cabo una meditación en común sobre algunos de los principales problemas de nuestro tiempo.

¿Qué pudo motivar que tan significativos personajes decidieran sostener una larga conversación al respecto y publicarla posteriormente en forma escrita? Sin duda, su preocupación por la situación actual del país y por desvelar las claves del futuro. El resultado, como decía, es un texto ameno y muy interesante, aunque, como corresponde a una conversación, se aborda una gran diversidad de temas con desigual grado de profundidad. A su vez, hay también algunos notorios vacíos.

En el panorama editorial español no son muy frecuentes este tipo de trabajos, ni se encuentra un abundante ejercicio de reflexión sobre el acontecer político, más allá de un interés puramente electoralista. Hay que agradecer, por tanto, la aparición de un libro como éste que pretende sobre todo combatir la desmemoria histórica e incentivar el debate de ideas. Lo primero lo hacen sus autores no sólo como

protagonistas de relieve durante la transición política española, sino mejor aún como miembros de una generación que vivió unos trascendentes cambios culturales y sociales, en España y el mundo entero, durante los años sesenta, setenta y ochenta.

Existía, en efecto, el riesgo de recrearse en la nostalgia y de pontificar en exceso, algo que emerge en algún momento, pero el libro trata de huir conscientemente de ello. A su vez, la conversación gira tanto sobre el pasado como sobre el presente y el futuro, destacando la

inquietud que les provoca el impacto de la globalización y la nueva sociedad de la información. Se observan numerosas coincidencias, pero también algunas discrepancias entre ambos, tendiendo J. L. Cebrián a parecer más provocativo y contundente, mientras F. González se muestra más cauto y analítico (quizás por su gran liderazgo político y las amplias responsabilidades de gobierno que ha tenido y de las que difícilmente se puede desprender). Pero, ni le falta profundidad al primero, ni atrevimiento al segundo.

El libro toma su título de una frase pronunciada en cierta ocasión por Julio María Sanguinetti, ex presidente de Uruguay, inspirada quizás en Paul Valéry, «el futuro ya no es lo que era», en alusión directa a los vertiginosos cambios que experimenta nuestra existencia. Consta de cuatro capítulos, que cabría agrupar, en esencia, en dos grandes partes: la primera, algo más extensa, se centra en el caso español, mientras que la segunda extiende la reflexión al devenir de Europa y el mundo entero.

España, viaje de ida y vuelta

El punto de partida de la primera parte lo constituye la siguiente aseveración: el espíritu de consenso que reinó durante la transición acaba en los años noventa, cuando los nuevos dirigentes del Partido Popular instauran una política del rencor e incluso abogan por una se-



Felipe González y
Juan Luis Cebrián
El futuro no es lo que era.
Una conversación,
Aguilar, Madrid, 2001, 258 pp.

① En efecto, de acuerdo con la mayoría de los expertos en derecho constitucional, aunque en España hay de hecho un sistema federal de distribución del poder territorial, dicho modelo se caracteriza por la naturaleza asimétrica en la atribución de competencias entre Comunidades Autónomas y por la inutilidad del Senado como cámara territorial, lo que produce muchos problemas actualmente (véase, por ejemplo, F. Vallespín, «La historia interminable», *El País*, 5 de enero de 2002, pág. 23).

gunda transición. ¿Es esto un hecho objetivo, o una percepción subjetiva por parte de los autores? El diálogo abunda en detalles que evidencian lo primero, señalándose sus causas y sus consecuencias. Entre estas últimas, cabe mencionar la fractura social que se provoca, la cual se combina también con una fractura generacional. Pero lo peor es que se trata de confundir y reinterpretar la historia reciente, reproduciéndose ciertas esencias del franquismo en la forma de hacer política.

Al comienzo de la democracia, el consenso básico se hizo en torno a la Constitución (reconociéndose que la no participación de los nacionalistas vascos en la ponencia redactora de la misma fue un grave error que nos persigue como una sombra). Dicho consenso se estableció para resolver cuatro grandes desafíos históricos: el territorial (que se aborda con la propuesta del Estado de las Autonomías), el social (mediante una concepción de la economía de mercado acompañada de una dimensión social), el carácter laico del Estado (con sus implicaciones en la enseñanza) y la supremacía del poder civil (en la definición del papel de las Fuerzas Armadas).

Es sabido que el actual presidente del Gobierno se encontraba en aquel momento entre los mayores críticos de algunos de estos contenidos y del mismo método del consenso. Sin embargo, la principal virtud de la Constitución es su vocación incluyente de la pluralidad y la diversidad, razón por la cual no debe desvirtuarse ahora mismo, ni utilizarse como un instrumento de exclusión. Esto último es destacado por los dos autores, para quienes hace falta recuperar otra vez en el presente un consenso básico con el fin de abordar la reforma de determinados aspectos de la Constitución e incardinar adecuadamente a España en el nuevo proyecto europeo.

Eso quiere decir esencialmente que, casi veinticinco años después de aprobada la Constitución, la sociedad española ha experimentado cambios importantes y hace falta acomodar nuestra carta magna a los mismos. En relación a los

cuatro grandes desafíos históricos antes señalados, a juicio de los autores queda por resolver mejor el problema territorial a través, entre otras cosas, de la modificación del Senado ①, y se han abierto también algunas brechas en el ámbito religioso (debiendo hacerse algún esfuerzo adicional por hacer más laico el Estado).

Mientras tanto, el problema del Ejército parece mejor resuelto (dada su democratización, su profesionalización y su inserción en el marco europeo y atlántico), y se ha avanzado también considerablemente en la cuestión social. En este último apartado, es interesante la reflexión que hace Felipe González sobre las distintas oleadas o generaciones de derechos que exige una democracia: la primera y fundamental es la relativa a los derechos individuales; la segunda, la de carácter social (incluyendo la educación y la asistencia sanitaria); la tercera, es la relativa a los derechos colectivos, identitarios y culturales, siempre que sean compatibles con los derechos individuales reconocidos en la Constitución.

La primera parte del libro acaba con una consideración sobre la modernización que ha experimentado el capitalismo español en los últimos veinticinco años y una reflexión sobre el sentido que tiene para González ser socialista hoy. Justamente, el de la defensa de la segunda oleada de derechos, esto es, «la defensa de la libertad real, de los derechos sociales, la lucha por la igualdad, para hacer real la libertad». En definitiva, la mejora de un Estado y sociedad de bienestar en el marco de una economía de mercado. Muchos pensarán que ello no es suficiente, pero González vincula estas ideas con una larga tradición de pensamiento socialdemócrata y resalta el elevado potencial de transformación progresista que las mismas contienen.

Europa y la globalidad

En el inicio de la segunda parte Cebrián fuerza a González a aclarar sus cambios de postura respecto a la entrada de España en la OTAN. En mi opinión, el ex presidente no re-

sulta suficientemente claro en este tema, aunque sí revela las múltiples contradicciones del asunto, y destaca que en última instancia él quería evitar la integración en la estructura militar y la nuclearización del país. Creo que a estas alturas hubiera podido aludir sin problemas a las razones de fondo que le llevaron a tomar tal decisión, vinculadas, probablemente, al pragmatismo y a la geoestrategia. Al fin y al cabo, según han ido sucediendo las cosas, aquella decisión puede considerarse hoy más un acierto que un error.

En todo caso, el mayor espacio de esta parte lo ocupa, obviamente, la incorporación de España a la Unión Europea ②. La negociación al respecto, el papel que jugó Francia y la buena amistad de González con Mitterrand, la relación especial que posteriormente se produjo con Kohl. Se destaca, en suma, el alto grado de entendimiento de un grupo de dirigentes que se convirtió en motor de la construcción europea (siendo un elemento nuclear Delors, con sus constantes iniciativas como presidente de la Comisión).

Hubo así una década muy dinámica (que González llama de «la galopada europea»), con la aprobación del Acta Única Europea en 1986 (con su mercado interior sin fronteras y las políticas de cohesión) y el Tratado de la Unión Europea en 1992 (que lanza la Unión Económica y Monetaria y la coordinación de las políticas de interior y exterior de los Estados miembros). Y en medio, la caída del Muro de Berlín que abrió un horizonte radicalmente nuevo.

Es difícil dejar de compartir la opinión de los autores sobre los grandes impulsos que recibió la construcción europea en todo ese periodo, pero creo que es exagerado afirmar que después de 1996 se entra en una fase de europesimismo, ya que se contempla también un avance importante tanto en la realización de la unión monetaria como en el proceso de ampliación hacia el Este. Es cierto que aparecen en escena otros líderes europeos sin tanto carisma, que a corto plazo priman aspectos nacionales sobre la velocidad de la construcción

europea. Pero a la postre, ésta en absoluto se detiene, sino que sigue avanzando con mayor o menor celeridad.

De acuerdo con los autores, el proyecto de construcción europea adquiere ahora un nuevo sentido como modelo para responder a los desafíos de la globalización. En ese sentido, se muestran partidarios de impulsar la supranacionalidad europea, ampliar el presupuesto y fortalecer tanto la política de cohesión interna como la exterior y de seguridad. Cebrián, por su parte, subraya la dificultad que supone la diversidad de idiomas para la construcción europea, pidiendo alguna solución pragmática al respecto.

El diálogo se cierra con toda una serie de reflexiones sobre la revolución tecnológica y el proceso de mundialización que impulsa. Se asevera que la velocidad de la caída del imperio soviético tuvo mucho que ver con la profundidad y la velocidad del cambio tecnológico ③. Por su parte, Cebrián manifiesta su temor a que la globalización implique, en realidad, una americanización.

A partir de ahí hay una interesante consideración sobre la situación en que se encuentra hoy el Estado-nación, una fórmula de organización política propia de la sociedad industrial y que ahora conoce una cierta crisis con el comienzo de la revolución informacional. En efecto, por una parte el Estado-nación se muestra insuficiente para afrontar los nuevos desafíos de la globalización y, por otra, es demasiado distante y complejo para responder a las necesidades inmediatas de los ciudadanos. Por otro lado, la propia democracia representativa, al decir de Cebrián, tiene por delante desafíos que no sabe cómo afrontar, si bien González confía en que sea suficientemente flexible para poder asumir nuevos modos de realización.

Vacíos significativos

Por supuesto, una conversación no puede abarcar todos los temas de interés. Es lógico que se produzcan tanto algunas repeticiones como ciertos vacíos. Tampoco esta reseña ha mencionado muchos puntos sobre los que los au-

② Un proceso iniciado ya por los primeros gobiernos de la democracia y que, tras la segunda crisis del petróleo, vive un empuje final decisivo para vencer los últimos obstáculos más difíciles de la negociación para la adhesión (pesca, agricultura, libre circulación de trabajadores, etc.).

③ Esta idea se halla muy bien tratada en el libro de Manuel Castells *La era de la información* (vol. 3, *Fin de milenio*, Alianza, Madrid, 2001), quien sostiene que «en las raíces de este proceso (el derrumbamiento del comunismo soviético) se encuentra la incapacidad del estatismo para gestionar la transición a la era de la información». Sin duda, es difícil sustraerse a la influencia de este autor en su reflexión de conjunto sobre el tiempo de cambio que vivimos.

tores llegan a dialogar (por ejemplo, se llega a realizar, incluso, una reflexión de urgencia, pero certera y profunda, sobre los graves atentados terroristas del pasado 11 de septiembre). Aun así, en mi opinión, hay alguna notoria carencia en el texto.

Desde mi punto de vista, hubiera sido interesante que el ex presidente del Gobierno analizase con sentido autocrítico los errores más importantes que pudo cometer durante su mandato con el fin de aprender para el futuro y separar también la paja del grano (las críticas partidistas de los análisis más amplios). En ese sentido, conviene destacar el alejamiento que se fue produciendo de la clase política respecto a la ciudadanía, pasándose de un clima de gran interés y sintonía en los primeros años ochenta, a un clima de desprestigio de la política una década después. Cebrián llega a hablar en algún momento de la mala prensa e imagen que tienen hoy los políticos entre los ciudadanos, pero González elude entrar en la materia. En algún otro momento éste considera la necesidad de mejorar la calidad de la democracia y se muestra partidario, incluso, de las listas electorales abiertas, aunque sin abordar a fondo este punto.

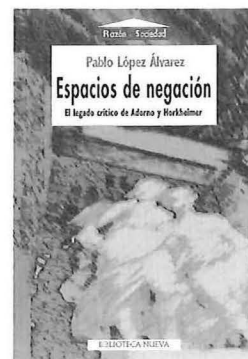
De cualquier manera, ello no resta interés a un magnífico trabajo que muestra en conjunto gran lucidez, sinceridad y capacidad de análisis. «El futuro no es lo que era», dicen los autores de este libro en su larga conversación. Una conversación que refleja las opiniones, ilusiones y decepciones de una generación. El futuro viene cargado de incertidumbre y cierto desasosiego, pero traerá también quizás nuevas esperanzas.

Josep Maria Jordán Galduf es catedrático de Economía Aplicada en la Universitat de València.

Espacios de negación no tan negativos

Vanesa Vidal

Dentro de la colección, «Razón y Sociedad», Biblioteca Nueva publica una obra de Pablo López que se presenta como una nueva contribución a la polémica reconstrucción del pensamiento M. Horkheimer y Th. W. Adorno. La publicación de esta obra resulta interesante en primer lugar desde el punto de vista de la historia efectual de la recepción de la teoría crítica en nuestro país. Quizás convenga recordar que en los años sesenta ésta tuvo en nuestro contexto un carácter marcadamente marxista, o si hemos de ser más explícitos, «sacristiano». El problema principal en ese momento histórico era el de dilucidar la posible efectividad que la teoría crítica podía tener en la esfera política, enfatizando el giro práctico que la XI tesis sobre Feuerbach recupera frente a Hegel. Esta tendencia hermenéutica fue debilitándose ya en los años setenta, sosegado el movimiento estudiantil e inaugurada la democracia, y fue definitivamente sustituida en los ochenta por dos tendencias interpretativas distintas: la «post-moderna» y la propuesta por la «segunda generación» de la Escuela de Frankfurt. Es ésta última la que ha pasado a convertirse en la interpretación «consensuada intersubjetivamente» en nuestro contexto académico en los últimos años. La novedosa aportación del libro de Pablo López consiste en la recuperación, en este cambio de siglo, de una lectura materialista que retorna de alguna manera a esa pri-



Pablo López Álvarez
Espacios de negación. El legado crítico de Adorno y Horkheimer, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, 221 pp.